



EL VIAJERO EN SU CENTRO

# En el corazón del corazón del país

*Francisco Gómez-Porro*

**D**ecía Concepción Arenal que pasaba con el paisaje lo que con algunas posadas de aldea de su época, donde a la pregunta de «¿Qué hay para comer?», respondía el posadero: «Pues, señor, lo que usted traiga». Y eso debe ser el paisaje: lo que cada cual trae con la sencillez de la luz entre los dobladillos de la barbarie.

¿Y que traigo yo a estas serrezuelas que se prolongan en balcones de granito desde los Montes de Malagón a los baldíos del Pusa, a estos congostos de romero entre pedrizas y rañas que constituyen geográficamente el centro del centro de España?

Pues eso, el recuerdo de otras rañas, de otras navas, de otros colores de la tierra y del cielo. Y sobre todo y por encima de todo, el hombre; el hombre que mira al llano y vuelve los ojos buscando la vida en el tallo y en el racimo.

¡Siempre los ojos! «Porque no poseemos, vemos», escribe Claudio Rodríguez. Y Lucio, forestal jubilado, dueño del único lugar que hace las veces de bar y casa de huéspedes en Piedraescrita, dirá: «¡Anda que no es hermoso el trabajo de la viña!».

Y aquí he irrumpido yo, con este rumor de ciudad prendido a las espaldas. Y al pasar, las llamas del rebollo que arde en la chimenea han oscilado con mi presencia. «Buenas noches», he dicho. «Buenas noches», me ha respondido la señora Nieves. Y los dos hombres sentados a la mesa me han lanzado una mirada indiferente, que sólo es una manera de saludar interro-

gando. Y la niña ha tosido y la señora Nieves ha seguido planchando mientras el viento de febrero corrusquero continuaba monologando por los tejados.

Sí, el mundo, los hombres, todo lo que aquí late y se cerciora de su existencia por la presencia de otros está conforme. Desde la fosa del Tajo a la depresión del Guadiana, estos pueblos donde lo pardo, lo cárdeno y negro de los adobes y pizarras se desescaman para dar paso al ladrillo rojo, están conformes. «Pero aquí deberá usted encontrarse muy solo», dirá el viajero una y mil veces. «Pues mire usted, uno se acostumbra. Yo estoy conforme», le darán por toda respuesta. Cada pueblo emboscado desde San Pablo de los Montes a Los Yébenes, en el otro extremo, están conformes. Lo que el viajero ve: esta espina dorsal de granito y pizarra que se desplaza de Este a Oeste y que es remedo de la otra, líquida, del Tajo, al norte, está conforme.

¿Conforme con qué? ¿Con la vida, con los hombres, con sus miedos y carencias? Desde su dependencia del Cabildo de la Catedral de Toledo hasta las desamortizaciones del XIX, nada ha cambiado en el sentido de esta conformidad. Tal vez no sea más que un resabio del feudalismo histórico en que esta comarca ha vivido más allá de las circunstancias históricas que modificaron la vida en el resto del país. O, quizás, tenga su origen en dos formas esenciales de entender la vida: perseguidores y perseguidos, la Santa Hermandad y los golfines, la guardia civil y el maqui,

latifundistas y campesinos, forestales y furtivos.

Durante varios meses he estado visitando en las mismas condiciones estos pueblos donde todavía perdura la psicología del villazgo, la monofagia del pan con algo, la matanza de monte o de corral, el haz de leña como combustible indispensable, la solana, el casino, la taberna o el bar. A pie casi siempre me he dado a recorrer cañadas, caminos de herradura y viejos cordeles para saborear de modo orgánico las cualidades centrales de esta tierra, frontera entre dos ríos, monte y llanura; ni Extremadura ni Castilla, y, sin embargo, fuertemente seducida por el carácter de ambas.

No, yo no estoy conforme. He venido aquí para no conformarme con las impresiones comparativas que seducen al viajero de Leyka y automóvil. «¿Entonces puede alquilarme una habitación para pasar la noche?», pregunto.

Nadie contesta. La señora Nieves ha pasado detrás de la barra y me ha servido un café. Mientras vierte la leche en la taza, echa un vistazo general a mi aspecto. Es invierno. Afuera el pueblo ha desaparecido entre la niebla. Las ráfagas de aire y el rumor de las televisiones encendidas se funden en una melopea áspera, confusa, que golpea en sordina la puerta de las casas. «Si quiere puedo llamar a un taxi del Robledo que venga a recogerle», dice.

«No deseo marcharme al Robledo ni a ninguna otra parte, señora Nieves», insisto con serenidad. «Y me gustaría saber la razón por la cual

no hay habitación en todo el pueblo, a pesar de que todas parecen estar vacías. Ni aquí, en su casa, lugar que me ha sido recomendado especialmente; ni en la de la señora alcaldesa, que hasta ayer tuvo de pensión cinco operarios de las carreteras; ni en la de la señora Imperio, ni en la del señor Severiano que...»

Sé las razones por las que no soy bien recibido. La primera y muy esencial es que no dispongo de automóvil y para llegar a Piedraescrita es más necesario que a ninguna otra parte. Si además uno no lleva escopeta, entonces puede considerar su viaje en vano. Aquí se viene a cazar o a que otros cacen. Los Montes de Toledo son una extensa finca de más de mil kilómetros cuadrados bajo el imperio de las escopetas.

Ha pasado una hora. La señora Nieves ha atizado de nuevo la lumbre con una badila retorcida. Lucio, su marido ha bostezado varias veces mientras leía un diario atrasado. «Bueno, bueno», exclama don José, que ha venido a contratar perreros para una próxima cacería. «El señor Gómez-Porro, a lo que parece, es hombre de razones. Se ha identificado con claridad y expuesto amablemente los motivos que le han traído al pueblo. Vamos a ver si la señora Nieves puede hacer algo». Las palabras de don José no han surtido un efecto inmediato, pero han tenido la virtud de tranquilizarla. Cosa que agradezco, no por mi necesidad de albergue sino porque la señora Nieves me parece el tipo de mujer inteligente que rige la vida en esta casa, y, tal vez, no sólo en esta casa.

La señora Nieves me sonríe y trata de disculparse. «Nunca se sabe», dice intentando dar una explicación. Don José, que es médico en Toledo, se ha despedido de mí y me ha deseado una feliz estancia, recomendándome especialmente que pasee por los alrededores. Le doy las gracias sinceramente. Antes de marcharse le dice a Lucio: «Ya sabe usted, búsqieme gente seria». «Le prepararé la habitación de arriba», dice la señora Nieves. «En ella



duerme el hijo de Miguel Delibes, ¿sabe usted? Viene aquí con frecuencia».

Don José se ha marchado. La niña se ha despertado; la señora Nieves le ha tomado el pulso y, acto seguido, le ha hecho beber un zumo de naranja. Luego, ha abierto la puerta de la calle, ha salido a la oscuridad, se ha vuelto al reloj despertador que hay sobre el frigorífico y ha dicho: ¡Jesús, qué horas, ya no se ve un alma!». Y ha cerrado la puerta.

¡Ni un alma! ¿Cómo serán las almas que deseaba ver la señora Nieves? Almas ajustadas, sin duda, a los preceptos de aquel bendito Miguel de Molinos, que consideraba la conformidad como yugo suave frente a la rebeldía. La señora Nieves me narra los pormenores de los últimos robos habidos en el pueblo, así como de los timos y estafas llevadas a cabo por forasteros desaprensivos. «La semana pasada anduvieron por aquí unos tíos que decían ser de la compañía de gas butano», dice Lucio. «Luego se comprobó que era mentira, pero ya nos habían sacado mil pesetas a cada vecino por cambiarnos la goma». «Su servicio hacían, desde luego», asegura la señora Nieves.

Minutos más tarde, arroja varios chorizos envueltos en papel de aluminio sobre la brasa y, durante la cena, comienza a contarme su vida. Ella

recuerda su juventud, cuando estuvo sirviendo en Madrid en casa de un médico, a principios de los sesenta, y la larga enfermedad que la mantuvo en cama durante meses alimentándose de sardinas en aceite. Lucio mastica con lentitud cada bocado y barbillea para asentir a las palabras de Nieves. De aquellos años pasados en Madrid, la señora Nieves sólo recuerda un rostro de hombre, severo, inquisitivo; un hombre que la estuvo siguiendo durante varias horas; algo que su memoria adolescente retuvo y que no ha olvidado. ¿Quién sería? ¿Qué amenaza disimulada vio en su rostro la señora Nieves?

Durante la cena, oímos tronar varias veces. La niña está enferma. La señora Nieves se le acerca y exclama: «Vamos, hija, ¿cómo te encuentras?». Y mirándome exclama: «¿Usted cree que puede tener 42 grados de fiebre? Pues así lleva tres días». «Yo creo que son las maltas», dice Lucio. La niña estudia en un colegio de monjas de Talavera. Es morena, de doce años, sobeja, cariñosa. Se llama María de Piedraescrita. «Es la única que lleva el nombre de la patrona», dice, orgullosa, la señora Nieves.

La Virgen de Piedraescrita es una figurita reproducida en escayola a partir del original grabado en la plancha metálica que hay expuesta en la ermita que lleva su nombre. La Virgen de



Piedraescrita abandona una vez cada siete años su ermita para allegarse hasta El Espinoso donde es venerada y reclamada como propia. En la actualidad las gentes del Espinoso mantienen una soterrada querrela con el Arzobispo de Toledo a propósito de una nueva estada en su población. Allí por el siglo XIII, cuando España se encontraba dividida y sus habitantes pugnaban por crear un estado de conciencia nacional, al calor de las advocaciones marianas surgidas como contraposición política y religiosa al poder feudal, surgió este pueblecillo, un lugar «deleitoso», como aquel del jardín de Berceo, «de buenas arboledas, milgranos y figueras, peros e manzanedas». Luego, un buen día, el pueblo se fue deshabitando. Primero la peste, después la hambruna, después los bandidos que asolaron su población. Después la emigración, el progreso en otra parte, el bienestar lejano, la huida.

«¿Qué es el bienestar para usted, señora Nieves?» Y la señora Nieves hace un gesto bondadoso, inteligente, mira a un lado y otro de la habitación, coge un rebollo, atiza el fuego, y, como si entre las chispas que desprenden las llamas se fueran sus pensamientos, exclama: «Lo primero, la salud», y mira a María de Piedraescrita, que con la respiración ceceante me dirige a su vez una mirada entre conmovida y curiosa. «Y después, que no nos falte un duro», añade.

«¡Y qué no es hermosa la viña», repite su marido, el señor Lucio, después de cenar.

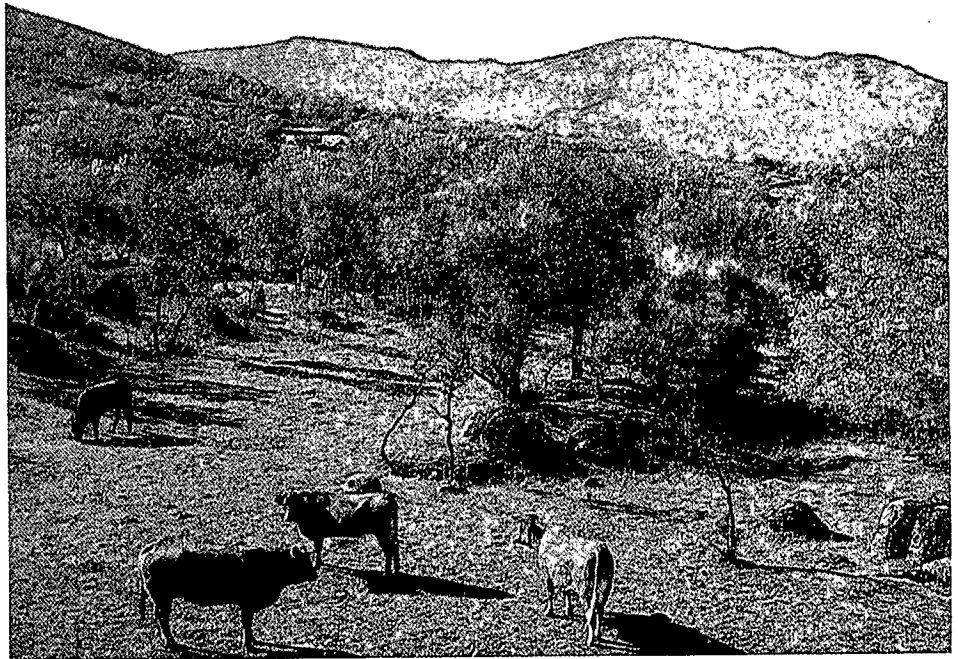
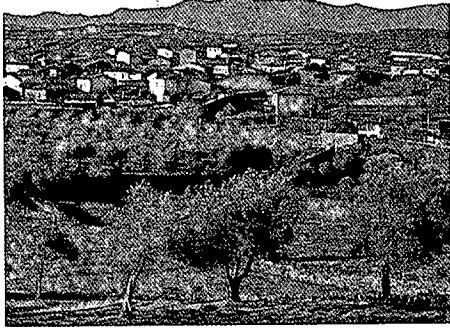
A la mañana siguiente, tras desayunar varios pedazos de torta de manteca de cerdo, el señor Lucio me indica el camino hacia Encinacaída. La señora Nieves ha llamado al Robledo para que venga un taxi que la lleve a Toledo con la niña. Tal vez, lo único que perdure de este pueblo no sea su ermita, ni sus calles empedradas con purísimos cantos sobados por la labor diaria, sino la negra ternura de los ojos de María de Piedraescrita.

Adiós, María, repito en silencio, mientras veo cómo el automóvil desa-

parece entre la niebla, camino de Talavera. Y pienso: antes no había escuelas para los niños porque la pobreza de estos pueblos no se lo permitía, ahora no hay escuelas porque no hay niños para llenarlas.

Muy pocos caminos como éste que va de Piedraescrita a Anchuras llevan aparejada tanta autenticidad, tanto sentido. Un río acompaña más que diez hombres, una acequia puede ser un compañero prudente y sabio que nos aconseje, una hilera de alcornoques celebra el día más que toda una multitud. Y a mí, en esta hora imprecisa que hace suyos los dones del día, me acompaña la voz modulada, el hilo de fiebre, la plata rumorosa del Lanchero, arroyete que se desplaza entre los negrillos y colmenares emboscados entre piruétanos y coronitas verdes de espinos. Todo el camino cae. La niebla se agarra a la torrentera y en las casas de labor abandonadas surge el llanto atenuado de los pardales friolentos, el vagido silbado de las urracas, el ladrido de algún perro de mirar torcido que corretea por una huerta; y allí, entre las brañas, una hermosa cabeza de cervato me observa un instante antes de desaparecer entre los jarales.

A lo lejos, los tormos del Viezo y de Putrica muestran los descarnados corvejones de sus laderas, y los tupidos olivares se ensanchan y enredan en una sinfonía de piornos. Antes de entrar en Encinacaída, un anciano me sale al encuentro en una revuelta del camino. Lleva un pañuelo al cuello para preservarse de la humedad de la mañana. «Adiós, tío Pedro», digo. «¿Cómo, usted me conoce?, pregunta el buen hombre. «Claro que le conozco. Usted se llama Pedro Olivares, tiene setenta y dos años. Ha sido furtivo toda su vida. Su mujer murió de fiebres hace algunos años. Y ahora se dirige a recoger leña para la chimenea de su casa». «¿Y cómo es eso?», pregunta, restregándose mucho los lagrimales secos con una de las puntas del pañuelo. «Muy sencillo, Pedro. Porque usted no existe más que aquí, en estas líneas que escribo sentado sobre una piedra, junto a un



camino que nos avisa de la presencia de un coto». Y el buen hombre, este Pedro Olivares, este Pedro Molina, este Pedro Rodriguez, continúa caminando, dejándome su sombra nueva. Antes de desaparecer, oigo su voz: «¡Váyase por casa de la Manuela; dígame usted que va de mi parte!».

Encinacaída se levanta en la cañada sobre un altillo. Tres columnas de humo se elevan en el cielo a esta hora de la mañana. En Encinacaída hay una casa grande, con el tejado de pizarra y las paredes de piedra encalada, con un patio de mimosas y una parra centenaria, un serijo, un gato y una canastilla de labor con todo lo indispensable: alfileres, agujas, un dedal, canutillos de hilo, botones viejos. Una mano rugosa extrae uno de esos botones y lo lleva al extremo de una camisa, desigual, algo gastada. Es la camisa de Pedro Olivares, de Pedro Rodriguez, de Pedro Molina. Aquí vive la señora Manuela. «Manuela Rincón Olivares», dice ella, llevándose las manos a la cintura. Y añade: «Para servirle». Y Manuela me señala el camino que zaguea hacia abajo, hacia Anchuras. «La gente de Anchuras no sube nunca por aquí. Nosotros somos de otro mundo», dice.

De otro mundo, claro que sí. Un mundo de tardes viejas con el recuerdo de los que se fueron, de mitos cortados por la esperanza del regreso, del eterno retorno a los días felices que nunca fueron. Un mundo que la señora Manuela ve todos los días como si fuera una resma de cielo que se recose como la camisa de Pedro Rodriguez, de Pedro Morales, de Pedro Olivares.

Pueblos ayunos de juegos y mudanzas, donde vivir es naufragar en la desmemoria y sobrevivir una pérdida de todo lo demás. Pueblos para hacerse fuertes contra el manotazo de lo trivial: Las Hunfrías, Robledo del Mazo, Navaltoril, Piedraescrita, Encinacaída.

En Anchuras de los Montes toda la vida comunitaria tiene lugar en el bar El Cazador. Desde la ventana de mi habitación veo varias ovejas y cabras retozar detrás de la casa. Las paredes del pueblo están llenas de carteles y pintadas contra el campo de tiro. Algunos piensan que el mal estado de sus calles es el precio que pagan por estas manifestaciones de dudoso gusto. Un guardia civil en la reserva, Julián, que pasa la mañana junto a la estufa del bar, cuenta la graciosa historia de unos

representantes de la Diputación de Ciudad-Real que hace algunos años vinieron al pueblo «a traer dineros» y fueron acorralados por algunas mujeres. «Tanto les dijeron, que los espantaron», dice el veterinario con una tosecilla forzada.

«Un lugar de la Mancha: Anchuras», dice el consabido indicador, a la entrada del pueblo. ¡Y qué verdad! Aquí el Caballero de la Triste Figura encuentra sentido a su heroica lucha contra molinos y batanes, y, tal como aparece en una pintada, parece haber sustituido la lanza por una vara de roble y una ramita de espliego en el yelmo. Otra pintada remeda las palabras del general Moscardó: «...Y entre los muertos siempre habrá una lengua viva para gritar que Anchuras no se rinde.»

Es el atardecer de las esquilas y de los balidos hambrientos de los mamon-tones. El reloj del edificio del ayuntamiento da las seis. Si no fuera por los tordos que a centenares descienden sobre los cables del tendido eléctrico, Anchuras desaparecería de nuestros ojos y en su lugar quedaría el olor a aceituna, el perfume de la leña quemada en las estufas y chimeneas de sus

cocinas pajeras. Anchuras es un pueblo en pie de paz desde que gran parte de su término entrara a formar parte de los planes del Ministerio de Defensa y su alcalde se convirtiera en el azote ecologista del gobierno autonómico y nacional. Y esta es la tensión que nos procura su visión sosegada, el casar parduzco, allí, en el repecho de un montecillo que hunde su pie en el estrecho valle. Y así, el viajero encontrará en cada matojo de aulagas, de espinos, en cada rebollo o encina, en cada olorosa mata de jara, en cada águila imperial, venado o jabalí, una resistencia a ser contemplado desde la horizontalidad del pensamiento como simple ser vivo. Porque este será uno de los efectos de nuestra visita a Anchuras, a los montes. A partir de ahora, el campo se habrá convertido en encarnación suprema de la vida, y lo que veremos no será más que una posibilidad central de que esta vida se perpetue lejos de aquí, en cualquier parte.

Decía Unamuno que la primera lección de patriotismo se recibe cuando se logra cobrar conciencia clara y arraigada del paisaje de la patria. Y así, otro día el viajero volverá a estos pueblos del centro de España, jareños, solaneros, adhesados, de paso, sin recuerdos de hijosdalgo ni de caballeros, aislados en las anchuras de sus cotos, sin escuela ni botica, sin médico ni cura, enclavados en la gran propiedad privada de sus emociones colectivas.

Pero ahora no, ahora siente que debe desclavar su mirada de las sombras que dotadas de peso y volumen parecen apoderarse junto a la niebla del pueblo y sumirlo en una oscuridad más dolorosa que su aislamiento. Un aislamiento absoluto, universal, como el de Vlódimir, un joven ucraniano al que conocí este verano en Espinoso del Rey, a pocos kilómetros de aquí, en una noche de fiesta, y cuya carta me acompañó durante el viaje:

*Amigo Francisco: Después de aquella noche en el Espinoso del Rey donde actuamos con nuestros bailes popu-*

*lares pasamos todavía algunos días más en Ocaña, donde estábamos hospedados. Dimos algunos conciertos en pueblos de la provincia de Toledo y Guadalajara. En este último lugar lo hicimos en el edificio del Archivo de la ciudad. Luego, a petición de un «amigo cubano» que acompañaba nuestro conjunto desde San Sebastián nos fuimos para Madrid, con el objetivo de dar «unos conciertos». Varios de nosotros le entregamos 25.000 pesetas para «arreglar los asuntos» en Madrid, y después el «amigo cubano» desapareció. Le esperamos durante algunos días pero al final tuvimos que marcharnos. Lo mejor de esto fue que gracias a esa larga y triste espera conocimos la capital de España, y Toledo. En la embajada nos dijeron que existe alguna posibilidad para el conjunto de visitar España el año que viene, durante el verano. Pero por ahora no lo sabemos con seguridad. No espero volver a España pero me gustaría mucho encontrar trabajo en ella. Después de hablar contigo se me ocurrió que podría enviarte mi curriculum vitae para ver si existe la posibilidad de dar clases en tu país. Que lo pases bien y te deseo muchos éxitos. Vlódimir.*

*Yo, Demíanov Vladimir, nací el 10 de enero de 1963, en la ciudad de Kalush, Ivano-Frankovski, en la región de Ucrania, entonces URSS. En 1970 comencé a estudiar en una escuela secundaria que terminé en 1980. Este mismo año ingresé en la Universidad de Chernovtsy, Facultad de Idiomas Extranjeros (Inglés y Francés) donde estudié durante un periodo de cinco años. En 1985 empecé a trabajar como maestro de Inglés en una escuela del pueblo de Dolxhok, cerca de Kamenets-Podolski. También allí enseñé el ruso. En 1987 cambié de empleo y comencé a dar clases de inglés en el Instituto de Agricultura en Kamenets-Podolski donde trabajé durante 3 años. Desde 1990 trabajo en la Escuela Secundaria Especial nº 9 de la ciudad de Kamenets-Podolski. Al mismo tiempo trabajo como intérprete en una empresa de*

*nuestra ciudad. En general tengo nueve años de experiencia educativa en escuelas secundarias y superiores. Además de inglés y francés, aprendí español y visité España en 1994, en calidad de intérprete para el conjunto folklórico «Gorliza» de nuestra ciudad. Tengo madre, Demianova Verónia, que nació en 1943, y hermano, Demíanov Anatoli, que estudia en un instituto de Kiev. Estoy soltero. Mi padre murió en 1983. Este curriculum vitae escribí el 30 de septiembre de 1994, en Kamenets-Podolski, Ucrania.*

No, el viajero que sorprende los ritmos de la hierba, que desnuda la luz para atesorarla como otra forma de vida en el mirar de las gentes, en el sentir de las gentes, no está conforme.